

Ella no se da cuenta de lo bella que es.

No, no se da cuenta.

Porque está más ocupada en pensar en los demás, en su trabajo, en ser ordenada y pulcra, en artículos interesantes y novedosos para el Semanario Olímpico, en no dejar que nadie la subestime ni sienta lástima de su problema de audición. Se arregla poco, porque de cualquier manera, no le interesa sobresalir. Se viste con ropa de los mismos colores, porque aunque se preocupa por su indumentaria, no busca ser un ícono de la moda. Y cree que si nadie se percata de ella, será más fácil.

¿Más fácil, qué?

Esconder que es una diosa vulcánica, por ejemplo.

Pero hay alguien que aunque no la mira mucho, nota todo eso y más.

Kyle sólo tiene que sentarse en el sofá de la salita, fingiendo que está muy cómodo y que se ha adueñado del control remoto del televisor, para que Femy lo ignore y diga que nunca hace nada productivo. Y desde allí, con una sonrisa indulgente, él lo ve todo. La ve cuando recibe un llamado importante de alguno de sus contactos, cuando escribe en su portátil y se concentra a grados imposibles, cuando se emociona porque todo está saliendo bien y también cuando recibe malas noticias y se deprime, cuando se esfuerza por ocultar su decepción. La ha visto en muchas buenas y en muchas malas, y sin embargo ella le sigue impresionando.

Femy es la personita más interesante que ha conocido.

Estimula su curiosidad y su picardía, con absoluta facilidad.

Con sus faldas a la rodilla y sus anteojos pequeños, ovalados, esa chica le inspira una ternura que no puede contener. Molestarla diciéndole cosas que la hacen sonrojar es su deporte favorito, pero después de comer le gusta más observarla, en silencio. Desde que la gran Eupheme Hefestida le diera una llave de su apartamento, las cosas entre los dos se habían vuelto...

Nunca se quedaba mucho tiempo bajo ese techo, pero cada vez que la visitaba hasta que le llegara su próxima aventura, veía algo distinto.

Un cambio sutil, pero que a un felino observador como él, no se le escapaba.

—¿Le hiciste algo a tu cabello? —preguntó Kyle, de pasada.

Femy estaba sentada en su banqueta preferida, en la barra del desayunador, y el teclado de su laptop se movía por orden de su mente, tipeando todo lo que pensaba. El sonido se detuvo un momento. Sólo un instante. Ella bajó su taza de té.

—No. —respondió, con rapidez.

—Algo hiciste. Se ve distinto. —insistió él, con una sonrisa.

—No, Kyle, por favor... —empezó ella, con cierto fastidio.

—Es que se ve muy distinto.

Frustrada, la diosa dejó de enviar sus pensamientos a la computadora y se volvió a mirarlo, por sobre la montura de sus delicados anteojos de lectura. Era una diosa Olímpica y necesitaba usar anteojos para ver de cerca. ¿Quién iba a decirlo?

Todos los hijos de Hefesto tenían sus peculiaridades.

— ¡A ver! ¿Por qué dices que se me ve distinto el pelo?

—Está más bonito.

—Tonterías. —y Femy volvió a teclear, más rápido.

Kyle aspiró el aroma de la habitación, detectando una sutil excitación por parte de ella. Había dado en la tecla. Por supuesto que se había hecho algo en el cabello, lo llevaba peinado de otra forma y había cambiado el champú. Antes olía a fresas, ahora a vainilla. Lo tenía más brillante y seguramente su tacto también era más suave, con esos rizos largos, color chocolate rojizo. Y con lo que a él le gustaban los dulces...

—No es una tontería. Se te ve hermoso.

—Kyle, ¿Por qué no vas por ahí a hacerle trucos de magia a algún niño triste, en un parque? No me dejas trabajar.

Él sonrió encantadoramente, con un gesto irresistible que ella se perdió.

—... pero si no te molesto. Sólo estoy diciendo que...

—Ya déjalo, Kyle. Trabajo. Intento concentrarme.

Resistiéndose a mirarlo, la joven continuó con lo que estaba haciendo. No se había dignado a interrumpir su feroz tecleo ni un segundo, porque sabía que apenas pusiera los ojos sobre él notaría cómo estaba sentado y la ropa que llevaba, y la sonrisa en sus labios o la mirada sensual en sus ojos, se desconcentraría, y...

Lo de siempre, bah. Ése era Kyle.

Hermoso aún entre lo más hermoso. Y se sonrojaba, y la máquina iba más rápido.

Él la siguió mirando un rato más, a sabiendas de que la diosa volcánica estaba muy consciente de lo que estaba haciendo. Nada, sólo incomodarla con su mirada atenta y penetrante. Se acomodó de otro modo en el sofá y por un instante, ella interrumpió el movimiento del teclado.

Vaciló, pero luego continuó escribiendo, a toda máquina como siempre.

—¿Por qué simplemente no lo admites? —repuso él.

Femy se tensó. No dijo nada, fingió ignorarlo.

Como ella estaba emperrada en no escucharlo, Kyle suspiró hondo y tras un par de minutos de incertidumbre, se levantó del sofá y fue caminando despacio hacia ella, con todo el silencio del mundo como respaldo. Sabía que la diosa le sentía acercarse por la espalda, pero no le importaba. Se detuvo a medio paso detrás de la chica y se inclinó un poco para olfatear el sutil aroma a caramelos de su abundante cabello caoba.

Eupheme detuvo sus pensamientos y todo el teclado.

Él se sonrió, dulcemente, al percibir su nerviosismo.

Le recogió un poco el cabello y lo tocó, frotándolo despacio entre sus dedos para probar la textura que en efecto era suave, y observar el brillo rojizo que de verdad era más notable. Le gustó la forma en que ella tembló cuando la tocó, aún cuando no la había tocado en absoluto.

—Se ve más bonito. Y se siente más suave. —insistió.

—Kyle, estás... —empezó ella, con tono agrio.

—Diciendo tonterías. Lo sé, lo sé. Pero... ¡Sorpresa! Huele a vainilla. La última vez que te visité, tu cabello olía a fresas. —le hizo notar, y le enterró los dedos en la nuca, entre el pelo, para peinarla suavemente— Y es una verdadera seda al tacto, con todos esos rizos tan exuberantes, ese color como chocolate. Una delicia. Tienes el cabello

más bonito que jamás he visto.

Femy sintió su espalda estremecerse con los sutiles tirones en el cuero cabelludo. Cerró los ojos, presa de una sensación muy cálida que en ese último tiempo no le costaba casi nada experimentar, cuando él andaba cerca.

—¡De acuerdo! —confesó ella, con los dientes apretados— ¡Me estoy haciendo los rizos con un producto mágico de Afrodita, uno de los champúes de su nueva línea! ¿Y qué, acaso tiene algo malo?

—No, no, Eupheme... querida, no tiene nada de malo. —repuso Kyle, con una de sus sonrisas especialmente seductoras, aprovechando que la joven vulcánica no lo estaba viendo— Ya era hora de que dejaras de ocultar toda tu hermosura tras esa máscara de periodista seria adicta al trabajo.

Ella se volvió sobre su hombro, con las mejillas acaloradas.

—No digas eso.

—¿Decir qué?

—Yo no tengo ninguna hermosura, no...

—Femy, Femy, Femy...

Él la detuvo, poniéndole un dedo elegante y masculino sobre sus labios llenos, que resultaban voluptuosos y preciosos a la vista. La joven diosa no dijo nada, y Kyle tampoco. Prefirió observarla, como siempre, y seguir notando esa hermosura tan secreta que ella no le quería mostrar a nadie. Y aunque Femy era buena ocultándose, él era un cazador y un mago con muchos trucos, y sabía bien a qué prestarle atención.

Ella no se daba cuenta de lo bonita que era, con esos grandes ojos marrones y esos labios tan gruesos y apetecibles. La lengua se le quedó pegada al paladar, sólo pensando por un segundo en la posibilidad de acercarse y probar...

—...saldría contigo si me lo pidieras. —le comentó él, con un nudo en la garganta.

Entre ellos, era un juego. Uno que Femy sabía reconocer.

—¿Ah, sí? Puedes volver a tu sofá a esperar, Kyle, ya te dije que no saldría contigo, y que tus chistes son patéticos. —le dijo ella, con tono ofendido— ¿Caballero inglés? ¡Los calzones de acero de Artemisa! Sinvergüenza, no puedo creer que me engañaras tanto en Camboya...

—Femy, querida, no tienes sentido del humor. —se rió él, y se apartó, para volver al sofá.

—¡Yo tengo sentido del humor, tú no sabes hacer bromas! —respondió la diosa, y el calor de su cuerpo pasó de ser un ramalazo de excitación a convertirse en la ira propia de los volcánicos, que ella mostraba como ondas hirvientes— Te vas a quedar sin cenar si no me dejas terminar mi artículo.

Todavía riéndose, Kyle volvió a desplomarse cómodamente entre los mullidos almohadones y fingió mirar el televisor. Tras unos segundos, los furiosos pensamientos de la diosa movieron las teclas de nuevo, azotándolas con gran frustración.

Él saboreaba en el aire el olor de sus hormonas aceleradas...

Ella no se daba cuenta de cuán hermosa era para Kyle.